



EL BARCO  
DE VAPOR

# Insu-Pu: la isla de los niños perdidos

Mira Lobe

Ilustraciones  
de Jesús Aguado



sm

Primera edición: septiembre de 2007  
Decimoprimer edición: abril de 2015

Edición ejecutiva: Paloma Jover  
Coordinación editorial: Gabriel Brandariz  
Revisión editorial: Carolina Pérez  
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Insu-Pu, Die Insel der velorenen Kinder*  
Traducción: María Dolores Ábalos

© Verlag Jungbrunnen Wien München, 2006  
© de las ilustraciones: Jesús Aguado, 2015  
© Ediciones SM, 2015  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

#### ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## PRÓLOGO

LOS PRÓLOGOS SON ABURRIDOS. Cuando yo tenía vuestra edad, siempre me los saltaba. Más tarde empecé a leerlos, pero solo para comprobar la razón que tenía de niña: ¡seguían siendo aburridos! Por eso no me enfado con nadie que quiera saltarse este prólogo, aunque es tan corto –en realidad, no es más que un prologuito– que casi no merece la pena no leerlo.

Cuando terminé el libro *Insu-Pu*, después de leerlo dos veces (una por el contenido y otra por las comas, que no se me dan nada bien), se lo pasé a algunos amigos. Seguramente penséis que mis amigos son unas señoras mayores y unos señores con bigote. ¡Os equivocáis! Mis amigos son Hans y Walter, unos vecinos, y Liesel y Ellen, la pequeña y negra Ellen, que hace un año encontró mi monedero en la calle y que, cuando quise invitarla a una pastelería en señal de agradecimiento, me dijo que prefería que le regalara un bulbo de jacinto.

Walter y Liesel, Hans y Ellen, después de terminar la lectura, se reunieron en mi casa para tomar zumo de frambuesa y barquillos de fruta y hablar de mi libro. El corazón me latía tan aprisa como a vosotros en el colegio cuando el profesor os devuelve los exámenes.

Liesel fue la primera en dar su veredicto: «Está bastante bien. A veces hasta es emocionante». Hans se extendió un poco más: «¿Todo eso ha pasado de verdad? –preguntó–. ¿Existe esa isla... y esos niños? ¿O te lo has inventado todo?».

Me quedé desconcertada.

Tenéis que saber que Walter quiere ser de mayor profesor de universidad; es tan minucioso y sabe tantas cosas que le tengo el mayor respeto. (Fue él quien me corrigió, por ejemplo, la palabra *Schiffahrt* –viaje en barco–. Yo la había escrito con dos efes, y él me explicó severamente que, según las reglas de la ortografía alemana, eso era inadmisibile). De modo que Walter ponía pegas. «El libro es muy bonito –dijo despectivamente–, pero ¿dónde está esa Terrania? ¿Y Umbría? No he podido encontrar ninguna de las dos en mi atlas grande. Tampoco existe una ciudad llamada Cetero, y eso que la he buscado en mi enciclopedia. Y esa supuesta isla en el océano... ¡Venga ya! Por la vegetación que tiene, ha de tratarse de una isla de los Mares del Sur. Sin embargo, en una isla de los Mares del Sur no puede haber animales de pieles finas como liebres o conejos, ni tampoco ovejas lanudas... Y mi profesor de Física me ha dicho que es imposible que una avioneta se estrelle y se quemé y que la emisora no se estropee. Eso no cuadra».

Me sentí completamente abatida.

Walter dio un trago del zumo de frambuesa, carraspeó como el profesor que algún día será, y quiso continuar: «Por ejemplo, tampoco cuadra que...».

Ellen me salvó. «¿Sabes una cosa? –lo interrumpió–. El que no cuadras eres tú».

Walter se ofendió muchísimo. Nadie se había atrevido nunca a decirle una cosa así. A todo esto, con tanta indignación se había olvidado de tragarse el barquillo, que le asomaba por la boca como si fuera un pequeño trampolín.

«No me refiero a que estés mal de la cabeza –lo tranquilizó Ellen–. Tu cabeza funciona de maravilla. Demasiado bien. Pero te falla la imaginación».

«No entiendo lo que quieres decir», contestó Walter muy serio.

«Quiere decir –se inmiscuyó Liesel– que cuando eras pequeño nunca ataste un cordón a un trozo de madera diciendo que ese era tu perro».

«No me interesan los perros», dijo Walter.

«¿Lo ves? –continuó Ellen–. Y tampoco te interesan los libros en los que no encuentras dónde se desarrolla exactamente la acción. A mí, por ejemplo, me da exactamente igual que la ciudad de Cetero esté en la Tierra o en la Luna. ¿Por qué no se va a llamar un país “Terrania”? ¿Y por qué no va a existir en todo el mundo una pequeña isla en la que haya palmeras, animales de pieles finas, serpientes y cabras, todo revuelto? Tu profesor de Física hace lo mismo que tú. Calcula: de mil aviones estrellados se estropean mil emisoras. ¿Y qué pasa con la número mil uno?».

Walter gruñó poco convencido.

«No es importante –continuó Ellen, imperturbable– que la historia haya pasado de verdad. Lo que importa es que *podría* haber pasado. No tiene por qué ser...».

De repente se sintió confusa, empezó a tartamudear y se calló.

Liesel asintió con la cabeza. También Hans parecía haberlo comprendido. Walter, que por fin se había tragado el barquillo, se quedó pensativo.

«¿Me regalarás tu libro cuando esté impreso?», dijo por fin.

Le prometí que lo haría.

# ● 1

## ESCRIBIENDO UNA CARTA

–HEMOS VUELTO A TENER SUERTE –dijeron las madres cuando las sirenas de alarma dieron la señal de que los aviones habían pasado. Por esta vez, ya no corrían peligro.

Luego cogieron a sus hijos, los subieron a casa y los metieron en la cama.

–Y ahora dormíos enseguida, que pronto amanecerá.

¡Como si fuera tan fácil dormirse enseguida! Los niños habían pasado la mitad de la noche en el sótano, sentados en el regazo de su madre, en un banco duro o incluso en el suelo. Se habían puesto jerséis gordos y abrigos encima del pijama y zapatillas de lana en los pies. Pero daba lo mismo, al cabo de un rato hacía un frío helador, y cuando los niños regresaban del sótano de madrugada solían estar ateridos. Pegaban las manos a las tazas de té hirviendo y sentían el agradable calorcito que les daba tragarlo. Cuando luego se tumbaban tan a gusto en la cama, bien arropados y con una bolsa de agua caliente a un lado, para dormir las tres horas que faltaban para empezar las clases en el colegio, se despertaban en sueños, hacían un revoltijo con el edre-

dón y la almohada y soñaban con la guerra y los bombardeos. A veces gritaban en sueños y despertaban a la madre, que tenía que ir a calmarlos. Y nada más quedarse dormidos, sonaba el despertador: eran las siete y tenían que levantarse para llegar a tiempo al colegio.

No era extraño que los niños estuvieran pálidos y nerviosos. Apenas tenían ya ganas de corretear como antes, sino que andaban a paso lento, en silencio y con cara de enfermos. Como es natural, los adultos se preocupaban por ellos. Muchos miles de niños fueron enviados al campo, a casas de campesinos y a grandes fincas. Allí, además de poder descansar de noche, tenían tanta leche, huevos, miel y mantequilla como desearan; y cuando les apetecía, podían tumbarse en el heno y dejar que los terneros les lamieran la mano. Pero no todos los niños podían ir al campo; la mayoría tenía que quedarse en la ciudad.

Una noche, cuando la señora Morin llevaba ya cuatro horas con sus dos hijos Stefan y Thomas en el refugio antiaéreo y les dolía todo por estar tanto tiempo sentados en los duros bancos, le dijo a la señora Bantock:

–Señora Bantock, los mayores sabemos que esto terminará algún día. Pero a los niños les cuesta mucho entenderlo. Es una pena ver cómo se vienen abajo. El mayor de los míos ha adelgazado dos kilos. ¡Se me parte el corazón!

–Eso no está bien –dijo Thomas con decisión–. Cuando papá venga de vacaciones y vea tu corazón partido, se enfadará muchísimo y le estropearemos las vacaciones. Al fin y al cabo –añadió con tono aleccio-



nador mirando a la señora Bantock-, mi papá es médico y lo nota todo enseguida.

-No digas tonterías -le contestó Stefan-. El «corazón partido» no es una enfermedad, es solo una expresión.

-Pero de todas formas papá lo notaría enseguida -insistió Thomas, enfadado.

Quería mucho a su hermano mayor y casi siempre estaba, incluso, orgulloso de él. Pero a veces Stefan tenía tan mala idea como solo pueden tenerla los hermanos mayores con los pequeños. Entonces se hacía el mayor, y él, Thomas, que solo tenía cuatro años menos, se sentía como un estúpido bebé. Sobre todo desde que Stefan estudiaba latín, desde hacía dos años, las cosas se habían puesto muy feas para Thomas, que por cierto



no aprendía demasiado en el colegio y prefería patinar antes que hacer garabatos en los cuadernos.

–Cuando pienso –continuó diciéndole la señora Morin a la señora Bantock– que en otros países los niños están ahora durmiendo tranquilamente en su cama y soñando cosas agradables...

–Con mazapán –dijo Thomas.

–¿En dónde, por ejemplo? –preguntó Stefan–. Quiero decir en qué países. ¿En Terrania?

–Por ejemplo, en Terrania –afirmó la señora Morin–. Allí no hay guerra.

–Entonces, ¿por qué no vamos allí inmediatamente? –se extrañó Thomas.

Nadie respondió. Los mayores sonrieron con desgana, y la señora Bantock tenía cara de querer decir: «¡Vaya un imbécil que estás hecho!».

De todos modos, Thomas no la soportaba porque siempre le prohibía bajar las escaleras deslizándose por la barandilla y porque olía a alcanfor y porque en general le parecía una vieja repugnante.

Pero entonces Stefan aprovechó el momento y se conchabó con su hermano pequeño:

–En realidad, Tom tiene toda la razón –dijo–. ¿Por qué no nos marchamos a Terrania? Me refiero a nosotros, los niños. Podemos escribir una carta al presidente pidiéndole que convoque una reunión de todos los padres terranios cuyos hijos puedan dormir tranquilamente por la noche. Si les preguntara si podían añadir unas cuantas camas más, solo una por familia, para que los niños de aquí pudieran descansar al fin, ¿qué te parecería?

Miró a su madre con expectación. A Thomas se le habían puesto las orejas rojas de celos. Todos guardaron un silencio lúgubre. La señora Bantock resopló con fuerza por la nariz y dijo:

–¡Hay que ver la de tonterías que dice este niño!

Pero entonces la madre reposó suavemente la mano en el hombro de Stefan y respondió:

–Si te apetece, claro que puedes escribirle una carta al presidente de Terrania.

Entonces la señora Bantock se levantó y, pese a que aún no había sonado la señal de cese de alarma por el ataque aéreo, abandonó el refugio antiaéreo con un gesto severo de repulsa. Al marcharse, hasta su espalda parecía ofendida, como si quisiera decir: «Con una madre que consiente a su hijos semejantes tonterías, no puedo seguir sentada».

Al mediodía siguiente, Stefan salió del colegio y, después de ayudar a su madre a fregar los platos, se sentó todo ceremonioso junto a su mesa y arrancó una página doble del centro de un cuaderno.

–Es que esta no tiene renglones –le dijo a Thomas, que estaba de pie a su lado–. Al presidente de Terrania no se le puede escribir con renglones.

–¿Y por qué no? –preguntó Thomas.

–Porque es muy infantil y entonces no leería la carta –lo aleccionó Stefan.

Entonces escribió la fecha arriba a la izquierda y, en un rincón, arriba a la derecha, puso: «Asunto: *Dormire necesse est*».

–¿Qué significa eso? –quiso saber Thomas–. ¿Y qué es un asunto?

–¡No preguntes tanto, que no te soporto! Todas las cartas como Dios manda tienen un asunto. Así el que las recibe sabe enseguida de qué se trata.

–Ajá –dijo Thomas poniendo cara de entenderlo, aunque se había quedado igual que antes; pero Stefan, con toda su erudición, no tenía por qué saberlo–. ¿Y qué significa *dormire*? ¿Es latín?

–¿Creías que era chino, o qué? –respondió Stefan irritado–. Eso significa: «Dormir es necesario». Me lo he inventado. En realidad, los antiguos romanos decían: «*Navigare necesse est*», o sea, «Navegar es necesario», pero eso aquí no pega.

–¿Por qué no pega? –objetó Thomas–. Si queremos ir a Terrania, tendremos que ir en barco. Cruzando el océano.

Esto último lo añadió en tono grandilocuente, afilando incluso los labios por la satisfacción que le producía haber dicho él también algo inteligente.

–Pero no se trata del océano, sino de dormir –dijo Stefan enfadado–, y si no me dejas en paz, vas a salir de aquí volando.

Entonces Thomas se quedó callado viendo lo que escribía su hermano:

*Muy estimado señor Presidente:*

*Dado que mi padre es comandante (del Segundo Regimiento) y por eso casi nunca está en casa, mi madre me ha pedido que le escriba esta carta.*

–¿Qué tiene que ver con eso que papá sea comandante? –preguntó Thomas.

–¡Deja ya de hacer preguntas estúpidas! Haz el favor de cerrar la boca.

–«Bocaza» no es una palabra bonita, dice mamá –comentó Thomas con una voz tan tierna que parecía un príncipe de porcelana–. Y además es mentira que mamá te haya *pedido* que escribas la carta. Ella solo...

–¡¡¡Fuera de aquí!!! –vociferó Stefan–. ¡Lárgate!

Se levantó de un salto, agarró a Thomas por el cuello del jersey y lo echó, literalmente, de la habitación. Cuando ya estaba otra vez sentado y dispuesto a utilizar de nuevo la pluma, se abrió la puerta despacito y Thomas, el perfeccionista, terminó su frase a través de la rendija:

–Ella solo ha dicho que si *te apetecía*, podías escribir esa carta. ¡Nada más!

Stefan cogió el diccionario de latín y apuntó hacia la puerta. Como era un libro bastante gordo, la puerta se cerró al instante. Desde fuera, Thomas preguntó amablemente, como si no hubiera pasado nada:

–¿Me la leerás cuando termines o vas a mandarla sin enseñármela? Me gustaría mandarle un saludo al final.

Al no recibir respuesta, se fue al cuarto de estar con su madre, que, como estaba remendando calcetines, tampoco le hizo demasiado caso. Thomas batía el récord familiar de tomates en los calcetines.

–Mamá –dijo dándose importancia–. Stefan está escribiendo la carta. Ya sabes, la de anoche. No le puede molestar nadie. Voy a jugar abajo.

–¡Pero si está lloviendo; te vas a empapar!

–¿Y bien? ¡Qué más da!

Y en un santiamén se deslizó por la barandilla y salió al patio. Se metió dos dedos en la boca y silbó. Entonces apareció la cabeza de una niña en la ventana del segundo piso y preguntó:

–¿Qué pasa?

–¡Baja y tráete la pelota! –gritó Thomas.

–¡Pero si está lloviendo! –gritó a su vez la niña.

–¡No seas dengue y melindrosa!

La pelota salió disparada por la ventana y, poco después, apareció su propietaria en el patio. A Thomas no le caía demasiado bien, pero más valía eso que nada.

–Es que no puedo entrar en nuestra habitación –dijo dándose aires de importancia–. Mi hermano está escribiendo una carta al presidente de Terrania.

–¡Me estás mintiendo! –dijo la niña.

–No, en serio, una carta de verdad, con su asunto y demás, y toda en latín.

Al fin y al cabo, no importaba mentirle un poco; tampoco tenía por qué enterarse de la verdad exacta. Lo principal era que se asombrara, ¡y vaya si se asombró!

La carta terminada decía lo siguiente:

*Cetero, en Umbría, 21 de octubre de 1942*

*Asunto: Dormire necesse est!*

*Muy estimado señor Presidente:*

*Dado que mi padre es comandante (del Segundo Regimiento) y por eso casi nunca está en casa, mi madre me ha pedido que le escriba esta carta.*

*Como puede ver más arriba, se trata de los niños de aquí, de la ciudad de Cetero, en el país de Umbría, que llevamos meses sin poder dormir bien por causa de la guerra y necesitamos descansar de una vez. Con este fin queremos ir a Terrania, porque hemos oído que allí por la noche no hay alarmas aéreas y se duerme en paz.*

*Querido señor Presidente, la verdad es que solo tengo 13 años y a la señora Bantock, nuestra vecina, le parece descarado que le escriba. Pero yo creo que si convoca una reunión de padres, una muy grande, o si lo anuncia en el periódico, y les dice a los padres que pasamos las noches sentados en el sótano sin poder dormir, nos invitarían inmediatamente. Los padres, quiero decir. Y a nosotros nos encantaría ir.*

*Se lo promete atentamente su agradecido,  
Stefan Morin*

*Post scriptum:  
Quedo a la espera de una pronta respuesta.*

–Es una carta estupenda –opinó Thomas, que se había colado en la habitación mientras Stefan leía en voz alta su obra a la madre–. Ahora solo falta que le mande un saludo, y luego ya la puedes enviar.

Stefan, no muy convencido, afirmó que la carta tendría mejor pinta sin la firma de su hermano, porque Thomas la dejaría llena de borrones. Pero cuando la madre le pidió que le dejara escribir algo, consintió en que el pequeño garabateara abajo: «Mi más afectuoso saludo, de Thomas Morin».

Y dado que, contra todo pronóstico, no echó ningún borrón, se permitió al menos una enorme rúbrica bajo su nombre. Entonces la madre les dio un sobre y Stefan escribió detrás el remitente y delante, con letras mayúsculas:

AL PRESIDENTE DE TERRANIA  
BELMONT  
PALACIO PRESIDENCIAL

Una vez pegado el sello, Stefan cogió el lápiz rojo y puso abajo, en el rincón de la derecha, un poco torcido: «¡URGENTE!». Luego, los dos salieron con la carta y la echaron en el buzón.



## ● 2

### LA CARTA LLEGA

EL PRESIDENTE DE TERRANIA era un hombre mayor que tenía todo el día reuniones y la cabeza llena de preocupaciones políticas. Aparte de eso tenía otras cosas: una villa de mármol blanco con un parque en la parte de atrás, tres fox terrier que ladraban en él y dos coches, uno antiguo y negro y otro nuevo y gris. Además, tenía un lujoso yate en el que pasaba las vacaciones. También tenía cuatro secretarios que ocupaban una habitación enorme tapizada toda ella de terciopelo rojo; desde la mañana a la noche no hacían más que leer cartas que le escribían al presidente desde todo el mundo. Este tenía además dos nietos, Susi y Michael, a los que mimaba a su antojo, pese a que se consideraba un abuelo severo.

Tenía reuma en la pierna izquierda y un masajista que todas las mañanas le daba masajes.

¿Y qué más tenía?

¡Tenía muchísimas cosas que hacer!

Eso fue lo que comprobaron Michael y Susi por enésima vez, cuando se encontraron en el pasillo del palacio presidencial con uno de los cuatro secretarios y le preguntaron que cuánto faltaba para que terminara la reunión. El abuelo había quedado con ellos a las cinco para

ir a tomar un helado, y ahora ya eran más de las cinco y media y aún seguía hablando en la sala de reuniones.

–Siempre es extremadamente difícil quedar con el abuelo –dijo Susi, que se veía en la obligación de hablar como una adulta porque acababa de cumplir catorce años–. Uno no se puede nunca fiar de sus citas. ¿Para eso he salido antes de mi clase de danza?

–No tengo nada contra sus clases de baile –dijo el secretario–, pero el señor presidente tiene cosas más importantes que resolver con los embajadores de Umbría que tus pasos de baile.

–Estoy muy de acuerdo –comentó Michael.

Tenía doce años y se consideraba mucho más sensato que su hermana. Dicho lo cual, le dio la espalda a esta, subió las escaleras y se metió en la habitación de los cuatro secretarios. Al fondo, a la izquierda, estaba el escritorio del señor Gran, un joven amable con gafas que llevaba años siendo secretario y amigo de Michael. En un cajón guardaba sellos para él.

–Hola, señor Gran –dijo Michael.

–Hola, Michael –respondió el señor Gran.

Luego guiñó un ojo, parpadeó con el otro y susurró como si se tratara de un secreto de Estado:

–Cabo de Buena Esperanza. ¡El milagro azul! Una auténtica rareza.

Y le entregó a Michael un sello triangular de color azul brillante. Michael se quedó cautivado.

–¡Es usted un ángel, señor Gran! Ya tengo la serie de sellos africanos raros casi completa.

Y se guardó el azul en el monedero. Luego, según su costumbre, se sentó debajo del escritorio con la pape-